

FABULA⁽¹⁾

La motocicleta y el autogiro

En cierto aerodromo ignoto,
lleno de esencia y respiro,
una dinámica moto
topó con el autogiro.
Luego de identificarle,
le colma de parabienes
y, pretendiendo abordarle,
le pregunta:—¿Qué hora tienes?...
—Las nueve y diez, moto mía,
el autogiro le espeta.
—Gracias por tu simpatía,
clama la motocicleta.
Y ya que para informarme
tan cariñoso te pones,
¿quieres también enseñarme
cómo marchan tus pistones?...
—Mira por este intersticio.
—¡Qué locura! ¡Qué portentoso!
Nunca he visto otro artificio
tan isócrono y grasiento...
¿Por qué no volar ahora?

—Entra luego en mi cabina.
—¡Qué suavidad ascensora!
¡Qué destreza matutina!
Eres la nata y la esencia
de los motores andantes;
¡ojalá que en la existencia
tengas buenos carburantes!
Y ya que tu pundonor
supera todas las metas,
¿quieres hacer el favor
de prestarme cien pesetas?...
—¡Basta! ¡Lárgate ahora mismo!,
el helicóptero grita;
¡qué desbocado cinismo
el de esta moto maldita!

* * *

¡Despreciables vividores
los desalmados al uso,
que, haciéndoles mil favores,
aún incurren en abuso!

JUAN JOSÉ VELO Y NIETO

(1) De mi libro de Fábulas a tono con estos tiempos atómicos, próximo a publicarse, con un prólogo del académico de la Lengua, Don José María de Cossío.

Y ESTO EN SERIO

A MEDIA NOCHE

Por LUIS MONTALBAN

No todo ha de ser materialismo en la vida y así como la jornada de trabajo se paga con dinero, así también la inteligencia y el alma se recuperan del desgaste diario por el placer de la tranquilidad y del descanso.

Hay muchas noches que, falto de sueño, me acomodo en un sillón de mi salita de estar. En mis manos un libro y a mi vera la «radio». La regulo despacito y transmite a media voz. El sonido es tan tenue y nuestra separación tan corta, que parece confesarme un secreto. La hora de la media noche no será nunca oportuna para que la potencia estridente de un altavoz turbe, ni por un momento, a los que ya se encuentran en brazos de Morfeo.

Intento aguantar porque me encuentro a gusto, pero me canso de leer y cierro el libro; y me canso de oír y apago el aparato; y, un poco después, suprimo también la luz que me sirvió en la lectura, pero como en poco tiempo nadie se suele «cansar de descansar» me quedo en el butacón unos minutos más saboreando las delicias del mayor placer de mi vida: EL RECUERDO.

Aproximo una silla a mis pies y los pongo encima, y empiezo a resbalar... y a resbalar... hasta quedarme casi en sentido horizontal. Y digo «casi» porque la cabeza ha de quedar irremisiblemente en el brazo del sillón.

Y entonces...

¡Qué agradable me resultan esos últimos minutos de vigilia en los que, mientras todo el mundo duerme y el silencio es absoluto, me impongo una ceguera voluntaria cerrando mis párpados para «ver» (sin ojos ni luz) pasar ante mí, los trozos más salientes de la película de mi vida!

Mi niñez... mi casa... los míos... y, sobre todo, los que se fueron...

Hay veces que desfilan ante mí con tanta naturalidad que pierdo la noción del tiempo y, cuando quiero darme cuenta, tengo humedecidas las mejillas.

Estas lágrimas, que brotan sin el esfuerzo del llanto, son para mí la señal de haber llegado al verdadero final de la jornada.

Y entonces vuelvo a la realidad, pero tan en contra de mi voluntad, que rara es la noche, de estos ensueños míos, que no llego a la cama con algún miembro que protesta dolorido, no sé si al abandono del placer o a la incómoda postura con que aguantó el deleite de mi sopor.